

LA CARIDAD

PAX VOBIS

Semanario Católico con censura eclesiástica

Cartagena 16 de Octubre de 1915

AÑO XI

No se devuelven los originales

Redacción y Administración: Plaza de los Tres Reyes, número 2

Número suelto cinco céntimos

N.º 578

SANTORAL

DOM. 17.—Sta. Eduvigis y S. Mariano, mr.
LUN. 18.—San Lucas, apóstol y evangel.
MAR. 19.—San Pedro Alcántara, cfr., abogado contra tercianas.
MIÉR. 20.—S. Caprasio, pat. de Alcubierre.
JUEV. 21.—Santa Úrsula, virgen y mártir.
VIÉR. 22.—Stas. María Salomé y Córdula.
SÁB. 23.—Stos. Servando, Pedro Pascual.

Los Semanarios y la Prensa no diaria

En el Evangelio de la Misa de uno de estos días, leíamos el pasaje del libro de los *Hechos Apostólicos* (capítulo XVII) en que San Pablo dice: se aprovechó de una inscripción que vió en Atenas en que se leía: *Al Dios desconocido*, para dirigir la palabra en el Areópago o Tribunal Superior a los Magistrados y público ateniense.

El Dios a quien desconocía el pueblo artista y clásico, era Aquél enviado de lo alto a redimir al hombre no con oro y plata, sino con la mérita de su vida, pasión y muerte; y por eso mereció ser resucitado al tercer día de entre los muertos y subió a los cielos con su propia virtud y poder.

Hasta aquí, todo aquel público selecto permaneció atento y respetuoso a las palabras elocuentes del gran Apóstol de las gentes. Empero, no bien llegó el turno a la parte práctica y les habló del severo juicio de Dios, de la castidad y sobre todo de la resurrección de los muertos y del último día en que ha de brillar la justicia triunfante de Dios y su Santidad Infinita, empezaron las protestas coreadas con risas desdenguadas y otros excesos.

Es que como nota el texto sagrado, eran meramente buscadores de novedades.

La sesión se levantó, como ahora decimos; la mayor parte desfiló y se mantuvo en sus prejuicios y errores inveterados; pero no faltaron hombres sabios y mujeres bien dispuestas a recibir las doctrinas santas, que creyeron, se bautizaron y siguieron las huellas del Divino Maestro. Entre los primeros es famosa la conversión de San Dionisio Areopagita, gran escritor y Obispo católico de la Iglesia, juez de aquel Supremo Tribunal y primer Obispo de Atenas.

Esta escena típica se reprodujo y viene reproduciéndose en todos los tiempos de la historia, ora se trate de oradores, ora de escritores; y cualquiera que sea el asunto sobre que versen los discursos y los escritos respectivos. Especialmente en materia de religión en que es necesario, además de una gran dosis de hombría de bien y de buena voluntad y ante todo y sobre todo el concurso de los dones sobrenaturales, y mediante múltiples deberes

divinos y eclesiásticos, es donde se manifiestan esas rebeldías y esas conversiones con más relieve.

Añádase a todo esto la especial modalidad de la época presente, el rebajamiento de los caracteres, la frivolidad y ligereza de pensamientos, la relajación de costumbres, la lucha cada vez más ruda y terrible por la existencia, la ignorancia en materia de religión cada día más alarmante, y que afecta a todas las clases sociales, aun a las llamadas directoras e intelectuales y se comprenderá la especial modalidad de la Prensa de nuestros días.

Aquí hallará el lector, si se detiene un poco a considerarlo, la explicación de haber de andarse con muchos miramientos y cortapisas los Diarios llamados católicos y que se jactan de serlo, sujetándose como tales a la censura eclesiástica, único medio adecuado y seguro para merecer la confianza de todo lector católico y huir de toda sospecha de error y de herejía o inmoralidad.

La intención de los Directores y redactores de la Prensa diaria católica; apesar de las instrucciones terminantes de la Santa Sede de que sea un antidoto y el arma ofensiva y defensiva de las calumnias, sofismas y desafueros contra la Iglesia católica de la Prensa diaria sectaria y revolucionaria, de la liberal en el sentido condenado por la Iglesia, de la inmoral o pornográfica y aun de la tolerante o neutra, observamos que deja mucho que desear en este sentido. ¿Y sabe el lector por qué? Porque nos dicen, hasta los Prelados católicos, que vivimos en una época en que predomina la indiferencia y la rebeldía religiosa, en una sociedad descristianizada en expresión de un Sr. Arzobispo español. Si, pues, los diarios católicos como diría el actual Sr. Arzobispo de Tarragona, «luchan a la antigua usanza, a estilo clásico y de andante caballería, y entablan tesis definitivas, afirmaciones rotundas, peleas fragorosas, sin respiro ni cuartel, a tambor batiente y estandartes desplegados, suprimidos la visera y el escudo, alto el rostro y el pecho descubiertos», si de esta guisa pelea la Prensa diaria, de temer es no guste al lector, verdadero tirano que es el que paga, con detrimento de la Caja y de la vida próspera del gran Diario, tan costoso, dados los múltiples factores que lo integran y las exigencias del descontentadizo y exigente público.

Podemos aplicar en este punto ese concepto tan luminoso que se pretende traducir en la realidad de los hechos e inocular en la conciencia de las muchedumbres; me refiero al concepto de *ciudadanía*, es decir, que el ciudadano

se dé cuenta y se penetra por convicción propia de los derechos y deberes que le incumben como tal y los haga carne y sangre suya y los practique en holocausto a la Patria.

Cuando los católicos merezcan no sólo apellidarse tales, sino serlo realmente, con todos los honores, con todas las consecuencias, y sean ilustrados, conscientes y fervorosos, no se contentarán con los actuales Diarios católicos, en que predomina casi del todo la nota de información noticiarial, sino que pedirán alimento sano para el espíritu, para el alma, artículos aunque breves y periodísticos instructivos, valientes, doctrinales, educadores del corazón, de la inteligencia, que formen el carácter cristiano y lo moldeen como en los tiempos heroicos y gloriosos del cristianismo y de los siglos áureos de nuestras grandezas nacionales; que por eso éramos grandes y poderosos. Hoy... ya se ve; los periodistas católicos tienen que dar alimentos ligeros, sin sustancia, sin gran fondo, sin vigor, sin espíritu, sin fuerza, sin quere.

Precisamente para suplir ese vacío, para instruir y educar con más libertad y amplitud al lector cristiano, están los semanarios católicos, los hermanos menores, las guerrillas, las numerosas flotillas de submarinos, de torpederos y contratorpederos, veloces y enérgicos en el maniobrar, sin las trabas ni peligros de perecer y sufrir por la causa de la verdad, las enormes pérdidas del acorazado (el diario católico); o si sucumbe en la lid, fácilmente se lo reemplaza o repara. Hay otras muchas razones que alegar y que no caben en este trabajito.

X

LA CARIDAD

—Madre, ¿por qué los humanos, sabiendo que son hermanos se persiguen sin piedad?

—Hija, porque ya en el suelo se apaga esa luz del Cielo que se llama Caridad.

—Dí, madre, ¿y quiénes la apagan?

—Esos hombres que hoy halagan todo instinto de maldad!

¡Esos que, en su fanatismo, dedican el egoísmo que mata la Caridad!

—¿Y no habrá un alma tan pura que alce su voz a la altura contra tal perversidad?

—Sí; ¡ya hay almas suplicantes!

—¿Quiénes?

—¡Las almas amantes del Dios de la Caridad.

—Madre; ¿y Dios no las escucha?

—Sí; mas quiere, en esa lucha que riñen con la impiedad, librarlas de toda escoria para que luego, en la Gloria, brille más su caridad.

AUELIO HERNÁNDEZ, Pbro.

Sermoncito de efecto

Don Pedro (que así se llamaba el párroco) con las dos manos en la barandilla del púlpito, su característico cantoneo del cuerpo, su sonrisita de siempre, decía, después de santiguarse:

«Hijos míos... No sé si siempre os obedecéis, pero por lo menos me atendéis siempre, mientras os hablo durante la misa. Si siempre me escucháis con atención porque sois buenos... hoy (y se paró un poquito al decir estas palabras) estoy seguro de que me vais a escuchar interesadísimos por lo que os voy a decir. Hijas mías (y reculó la frase) voy a hablaros de modas.

Cesaron de abanicarse las aludidas, hubo un momento general de expectación; la sonrisita de D. Pedro parecía estar más en sus ojos que en los labios.

De esto hace ya bastantes años. Era yo joven, y regentaba la primera parroquia. Recién llegado a ella, que fué por el verano de 1860—no habíais nacido la mayor parte de vosotros—observé que los mozos jugaban a los bolos delante de la iglesia, y jugaban en mangas de camisa, porque hacía calor o porque fuera costumbre de los jugadores.

Pues veréis, hijas mías; al dar la última campanada para la misa mayor, aquella gente joven atañada en las apuestas, engolosinada con el juego, tardaba a veces en acudir con puntualidad al toque de la campana. Pero observé que algunos entraban con la chaqueta al hombro y así seguían durante toda la misa, como pudieran estar presenciando el juego de bolos.

Aquello no me gustó, pero me callé el primer domingo, y prometí para mi soltana observar a la gente moza en los domingos sucesivos. Ellos siguieron lo mismo: la chaqueta al hombro, en mangas de camisa, los brazos cruzados.

El cuarto domingo, después del último toque de costumbre, al entrar la avalancha de la gente joven, se encuentran conmigo, que les espero a la puerta. Me miran extrañados, y les digo en tono como el que ahora empleo al repetirlos a vosotros: ¡Vaya chiquitos... a ponerse la chaqueta!

El orador se paró en seco, bajó el tono de la voz y dijo articulando las palabras.

Pues digo yo ahora, hijas mías, si tendré con mis años y mis canas que ponerme los domingos a la puerta de la iglesia, y al veros entrar como entráis ahora, como habéis entrado hoy algunas, tendré que deciros como a los mozos de mi primera parroquia:

¡Vaya chiquitas... a ponerse la chaqueta! porque como aquéllos preocupados de marras, entráis a la iglesia en mangas de camisa, digo mal, en camisa sin mangas...

Dios os dé la vida eterna.